REVISTA CRÍTICA

HISPANO-AMERICANA

REVISTA CRÍTICA

HISPANO-AMERICANA

PUBLICADA POR

A. BONILLA Y SAN MARTÍN

TOMO V.—NÚM. 1.º

SUMARIO.—Moisés Sánchez Barrado: *Estudios sobre el Brocense.*—Vicente Castañeda: *Dos ediciones desconocidas del libro de «Bons Amonestaments» de Fray Anselmo Turmeda.*—Julio Cejador: *La cerveza y una «Historia de España».—Notas bibliográficas* (de S., acerca de publicaciones de los Sres. D. Pío Baroja y Franz Zenker).

MADRID
1919

REVISTA CRÍTICA
HISPANO-AMERICANA

AÑO V (1919).—TOMO V.—NÚM. 1.º

ESTUDIOS SOBRE EL BROCENSE

I

SU CONCEPTO DE LA GRAMÁTICA

1. *Finalidad de la «Minerva»*.—Los fines que se propuso el Brocense con su obra fundamental, nos los dice él mismo en el prólogo. Se duele de que en la Universidad de Salamanca, a la que *(Matri piissimae)* dedica su Minerva, que siempre tuvo grandes Maestros en todas las demás disciplinas, «Grammaticam, quae omnium aliarum fundamentum est, ita depositam jacuisse, ut nulla medicina sublevari potuise videretur» y que siendo este un mal universal, la Universidad de Salamanca sea la que lleva la fama de la barbarie gramatical «quasi ullam possimus Academiam reperire ubi verae puraeque latinitatis indagatrix Grammatica doceatur». Valla es el enemigo: «quotus enim quisque est Grammatices praeceptor qui Laurentium Vallam et eum sequutos non laudet, veneretur, exosculetur... Nunc tu, Mater, huic tanto malo facile mederi poteris, si e cathedris tuis primariis Laurentio deturbato, Minervam quae tibi offertur, patiaris pro illo pueris explicari». Este propósito de hostilidad para Valla lo cumple demasiado bien en toda su obra. Tal saña contra Valla es extraña. No fué éste el fundador de la Gramática latina renacentista, el enemigo del seudoaristotelismo y de Poggio, el que comprendió que para desarraigar el formulismo escolástico, había que tomar por asalto el baluarte en que se hacían fuertes, la palabra? (cfr. Michelsen, pág. 21). Cierto que sus *Elegantiarum libri VI* son más bien un trabajo de Lexicografía que de

Gramática. Pero siempre será suyo el honor de haber sido el primero.

Sería curioso el llegar a comprender la enemiga del Brocense contra Valla, con el que le une, sin embargo, «un parentesco espiritual» y, en cambio, el entusiasmo por Scaliger, que, según Michelsen, es más filólogo que filósofo gramatical (pág. 21). Por otra parte, los puntos de doctrina que el Brocense impugna en Valla, son más bien estilísticos que otra cosa y, desde luego, de importancia secundaria. Quizá la enemiga contra el Brocense está en eso precisamente; en que Valla, que en otras obras y empeños había demostrado su capacidad filosófica, en sus *Elegancias* hace más obra de estilista que de gramático, en el alto y noble sentido renacentista (al que la Gramática hoy con todos sus progresos, y aun después de Humboldt, no ha logrado elevarse), o sea fijador de conceptos gramaticales, y por esa razón tiene que descender a minucias y detalles de que el Brocense es enemigo por temperamento, y al mismo tiempo contradecir a su propósito de simplificar, al mismo tiempo que de engrandecer la Gramática, de hacer lo que hoy diríamos una Gramática no extensiva, sino intensiva.

El enemigo real, secular, aunque el Brocense parece dirigir sus tiros contra Valla (quizá error de perspectiva contempóranea), es otro: la Gramática medieval. El Brocense se defiende de la acusación de que es innovador. Más bien él es el restaurador de la antiguedad clásica: «nihil omnino hic novi afferimus, stulti vulgi ride sermonem, sed antiquitatem quae barbarorum Mammotretos dico, Catholicones (1) et Pastranas (2) saevitia jacuerat et in gradum reponimus». Rinde los debidos honores a la obra benéfica restauradora de su predecesor Nebrija. Pero el mal estaba muy arraigado, y asegura que si volviera a la vida, tan entendido como era «quae ejus erat sollertia», habría puesto un remedio más eficaz. «Itaque quod ille non potuit perficere, mihi forsitan perficiendum delegavit». Y refiere la anécdota que dice haber oído a su padre (del Brocense) «quia dum ille in patria mea Brocis, ubi *Dictionarium* et *Artem*

(1) El «*Catholicon*» del *Januensis*, m. 1295 (cfr. Golliny, § 31).

(2) Juan de Pastrana, autor de una Gramática llamada *Thesaurus pauperum* o *Speculum puerorum;* muy difundida en España en la Edad Media. Lo nombra Nebrija en el prefacio de su *Diccionario*, Madrid, 1665, junto a Petrus Elías, Alexander, Evrard, de los que dice: «ex universa Hispania eradicavi» (Golliny, § 32, nota).

adornabat, febricitans decumberet domi Marcelli Nebrissensis filii, Cruce Alcantarensis ordinis insigniti, subinde suspirans (ut patrem meum saepe dicere audivi) conquerebatur *Artem* sibi et *Dictionarium* imperfecta relinqui. Quid si illud interim Virgilianum occinebat?

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor
Qui face Barbatos ferroque sequare Perottos» (1)

Cumpliendo con ese encargo, dice que todo su empeño ha sido simplificar y hacer fácil la Gramática. «ut Grammaticam addiscentibus via brevior, planior et fidelissima sterneretur. Hanc methodum (la Gramática escolástica que años antes había compuesto) ante annos aliquot non sine praeclaris experimentis divulgatam huic operi subjunxi»; que la Minerva no era sino una ampliación y fundamentación racional de aquélla. «Quia Minerva tota in hoc est ut regulas illas tum veras, tum facillimas esse perdoceat». Y termina lanzando el guante a sus adversarios con estas valientes palabras, en que se nos revela de un golpe tal como era, recio y debelador: «Invidiam vero, quum semper contemnere potius quam deprecari studuerim, neque placare contendo, neque cupio. Imo vero illi nunc bellum indico facioque».

2. *Concepto de la Gramática.*--La Gramática es algo racional, no un conjunto de reglas empíricas. «At invasit multos perversa quaedam opinio, seu barbaries potius, in Grammatica et sermone Latino nullas esse causas nullamque penitus inquirendam esse rationem: quo figmento nihil quidquam vidi ineptius, nihilque potest excogitare putidius. An homo rationis particeps quicquam aget, dicet, machinabitur, sine consilio et ratione?»... (*Minerva*, I-1.) Esto de que en los principios dominan la arbitrariedad y el acaso, es para él una blasfemia, es como decir que el mundo debe su origen a la casualidad: «Nam qui nomina casu facta contendunt, audacissimi sunt, nimirum illi qui universi mundi seriem et fabricam fortuito ac temere ortam persuadere conabantur». (*Ibid.*)

Tiene un alto sentido especulativo, tiene conciencia del devenir lento de la ciencia, y esa actitud de profunda reverencia a la verdad propia de los grandes espíritus investigadores. Está persuadido de

(1) *Perottus*, uno de los primeros gramáticos del Renacimiento todavía con mucho de la Edad Media (cfr. Golliny, § 52).

que «in omni idiomate cuiuslibet nomenclaturae reddi posse rationem: quae si in multis est obscura, non tamen propterea non investiganda. Multa latuerunt Philosophos quae Plato eruit in lucem, multa post eum invenit Aristoteles, multa ignoravit ille quae nunc sunt passim obvia: latet enim veritas, sed nihil pretiosius veritate». (*Ibid.*)

El criterio primero, esencial de la Gramática, es la razón, no el uso ni la autoridad: «Haec tam multa invitus congessi contra morosos quosdam qui, quum in Grammatica rationem explodant, testimonia tantum Doctorum efflagitant... quasi vero Laurentius et alii Grammatici suarum etiam ineptiarum non statim conentur adhibere rationes, quales quales ipsae sint. Usus porro sine ratione non movetur, alioqui abusus non usus dicendus erit; auctoritas vero ab usu sumpsit incrementum, nam si ab usu recedat, auctoritas nulla est.. Reliquum est igitur ut omnium rerum ratio primum adhibeatur, tum deinde si fieri poterit, accedant testimonia, ut res ex optima fiat illustrior» *(Ibid* in fine).

La Gramática es una ciencia para el Brocense. Concretando más el concepto de aquélla, impugna la división que hace Quintiliano de la Gramática en *Historicen* (no en el sentido moderno de Gramática histórica, sino lo que hoy diríamos *Literatura* y mejor lectura de Autores latinos en la escuela), y *Methodicen.* «Eam opinor, dice el Brocense *(Minerva,* 2), vocavit *Historicen* quae omne Scriptorum genus excutit, quae nec intra Musicem potest esse perfecta, nec si rationem syderum ignoret, quae neque sit ignara Philosophiae, cui Eloquentia quoque non desit. Omnes igitur disciplinas huic Grammaticae subjicit. Ubinam gentium ea Grammatica est? Quis eam conscripsit? Unde hanc reginam artium petemus? Vulgi errorem sequutus est Quinctilianus, dicebantur enim quondam Grammatici vulgo, qui primis rudimentis pueros instituebant et eis poetas enarrabant... Mihi perfectus absolutusque Grammaticus est ille qui in Ciceronis vel Virgilii libris intelligit quae dictio sit nomen, quae verbum, et caetera quae ad solam Grammaticam spectant, etiamsi sensum verborum non intelligat (el sentido real, de contenido), est enim oratorum et poetarum lectio variis artibus referta, quas si magister iste callet, jam non Grammaticus dicendus est, sed dum explanat astrologiam, astrologus; dum historiam, historicus; dum precepta eloquentiae, rhetor. Verbi causa: *omnis triangulus habet tres angulos aequales duobus rectis.* Hic Grammaticus explicabit Grammaticam, doctrinam vero nonnisi Mathe-

maticus...» Como conclusión: «hoc teneo; artium usum conjunctum esse oportere, artes vero ipsas separatim tradendas». Lo propio de la Gramática es la forma de las palabras y su función. La significación material de la palabra, es indiferente en principio para la Gramática. Sólo indirectamente puede servir para explicar un hecho analógico, en cuanto una palabra, por analogía de significado con otra, puede adoptar la forma flexiva o construccional de otra (y aun modificarse fonéticamente). Esto es un gran progreso para el tiempo frente a la sintaxis medieval, que era más bien una Lexicografía. En el Brocense tiene esta estricta concepción formal de la Gramá tica una gran importancia y un sentido de reacción deliberada contra los modistas de la Edad Media. (Que valor tenga esta concesión frente a la moderna Gramática, en que entra también la Semasiología, y frente a la Edad Media, véase infra).

Tratando de los adverbios, *Minerva*, 1, 17, dice: «significationes vero adverbiorum enumerare magis Philosophi est quam Grammatici, quia Grammatici munus non est, teste Varrone, vocum significationes indagare, sed earum usum» (función). Tratando de las conjunciones, 1, 18, dice: «conjunctionum officia distinguere, veluti diximus de adverbio, Grammatici munus non est; nam si ad Grammaticam spectes, omnes sunt conjunctiones, etiamsi videantur disjungere, nam qui minus conjungit *dormit, aut vigilat,* quam *dormit, et vigilat?* In sensu multum differt, in Grammatica nihil.»

En *Min.* I, 3, hablando de las *species* de las palabras (lo que hoy formación de palabras, *Wortbildung),* dice: «possemus hic verborum species numerare (los *genera verborum* de Perottus) ut *cursito, sorbillo, calesco,* sed quas ego ad Grammaticum nihil pertinere arbitror, quum illorum discrimen a sola significatione pendeat». En I, 5, a propósito de la definición seudo-aristotélica del nombre: *vocem significantem ad placitum sine tempore,* dice: «an nomina significent natura, an fortuito, magna quaestio est, et tota physica (filosófica; de contenido): nihil ad Grammaticos». En I, 7, rechaza la definición del género gramatical por la significación: «Grammaticae propositum non est singularum vocum significationes explicare, sed usum». En III, 2, hablando de las *species verborum* de Perottus, dice que esto no es cosa de Gramática: que caso rigen los nombres: «ex optimis scriptoribus haec discenda sunt, non ex arte Grammatica: nec Grammatica docet latine loqui, sed latinum (una teoría de la lengua) sermo-

nem ad artem refert, ut tu postea ex latina imitatione discas latine loqui».

La Gramática es una cosa teorética, especulativa. Enseña a comprender, no a manejar la lengua. De esta noción de Gramática saca importantísimas consecuencias de carácter pedagógico en el interesantísimo y enteramente moderno apéndice final de la Minerva y en la que trata de los fines y métodos de la enseñanza del latín. *Lingua latina componenda non colloquiis, sed stilo*, la lengua latina no se ha de aprender hablando, sino ejercitándose. Condena a los *blaterones* de su tiempo y de todos los tiempos, los *chapuceadores* del latín: «non discimus Hebraea vel Graeca ut loquamur, sed ut docti efficiamur. Cur igitur in latinis non idem efficiemus?... Stylus exercendus est diligenter; hic enim, ut M. Tullius ait, est egregius dicendi magister; hic vere nos docebit communi sensu, illos carere qui linguam latinam in plateis aut etiam in gymnasiis miris modis conantur dilacerare.»

No dijo más ni mejor que el Brocense en punto a concepto de la Gramática Hermann, el reformador de la Gramática moderna (1801) cuando afirmó que la Gramática es una disciplina científica de valor sustantivo, no ya sólo un medio de comprender los escritores antiguos. Los hechos lingüísticos no deben sólo amontonarse empíricamente, sino explicarse, quitando así a la Gramática su empirismo y elevándola a investigación teórica *(Golliny*, 76).

«La Gramática, dice Rumpel (págs. 98 y sigs.) no toma el lenguaje como un medio, sino como un fin en sí, como idea... No es un sumario de particularidades de una lengua, no es sólo un aprendizaje, ni una doctrina de las leyes de formación y uso de las palabras y frases, no una abstracción de la lengua, sino que es el mismo lenguaje hecho concepto y conciencia. Gramática, en sentido objetivo, es el lenguaje mismo en su conjunto, en su elevación a concepto. No hay al lado de la Gramática empírica una Gramática científica, filosófica, racional. La Gramática no es ni puede ser otra cosa que la ciencia del Lenguaje, y ésta es tan necesariamente filosófica y racional, como el hierro es de hierro» (pág. 98, nota.)

II

SU FILOSOFÍA DEL LENGUAJE

1. *Origen del lenguaje.*—El cap. I del libro I de la *Minerva —Argumentum—* es como un prolegómeno filosófico en que, apoyándose en el *Cratylo* de Platón, desenvuelve una teoría del origen del lenguaje, y fundamenta su concepción y método gramatical. El mito homérico de que Minerva se aparece a Diómedes en el fragor de la batalla y le abre los ojos para saber distinguir entre los combatientes a los dioses de los hombres, lo interpreta con Platón en el sentido de que Minerva es la razón, que ahuyenta las tinieblas de la animalidad y purifica el alma para que pueda distinguir más de cerca el bien del mal... «*rationem ipsam quae discussa caligine, qua quisque tenetur, animum faecibus purgat, ut mala bonave possit propius contemplari*».

Esos dones de Minerva no a todos son dados, sino a los *Diómedes* (Diómedes = Διός μηδή = Jovis cura, sive consilium aut deliberatio), a los cultivadores de las ciencias: «bonarum enim artium scientia *humani ingenii inventum non est,* sed ex Jovis cerebro, unde nata Minerva dicitur, in humanum usum delapsa divinitus. Itaque nisi te totum inquisitioni tradideris, nisi artis tuae quam tractas, causas rationesque probe fueris perscrutatus, crede te alienis oculis videre, alienisque auribus audire».

Se indigna contra los empíricos que no ven en los hechos lingüísticos sino arbitrio o casualidad: «at invasit multos perversa quaedam opinio seu barbaries potius: in grammatica et sermone latino nullas esse causas nullamque penitus inquirendam esse rationem... An homo rationis particeps quicquam aget, dicet, machinabitur sine consilio et ratione? Audi philosophos qui nihil sine causa fieri affirmant, audi Platonem ipsum qui nomina et verba constare affirmat, qui sermonem esse a natura, non ab arte, contendit».

Aquí, en esto último de Platón, se refleja la cuestión secular que viene ya desde los sofistas, si las palabras significan φύσει (por naturaleza) o θέσει, νόμω (por convención).

Y sigue diciendo el Brocense: «scio Aristoteleos aliter sentire...» Para Aristóteles, las palabras, como la poesía, son imitaciones de las

cosas (μιμήματα), origen artificial del lenguaje. Más adelante, en la misma *Minerva*, I, 5: «Auctor ille περὶ ερμηνείας qui circumfertur indignus profecto Aristotelis nomine, nomen definit: «vocem significantem ad placitum sine tempore...» «An nomina significent natura, dice el Brocense por su cuenta, magna quaestio est, et tota physica, nihil ad grammaticos». Para el Brocense, la Semasiología no es parte de la Gramática, es Filosofía.

Merece notarse esta insistencia del Brocense en el punto de vista platónico del origen natural, no convencional, del lenguaje, frente a Aristóteles —origen artificial— con el que, sin embargo, luego transige, contradiciéndose en cierto modo (véase infra inmediatamente, y luego en la doctrina sobre la interjección, y más adelante en la *Antiphrasis)*. En toda su gramática, aun en la doctrina de la Elipsis, hay siempre en el Brocense un profundo sentido lingüístico que ve, sí, en el lenguaje una cosa racional y lógica, pero con necesidad interna, sentido que le pone a infinita altura sobre los demás gramáticos del Renacimiento, esquemáticos y artificialistas. Esto es lo que le levanta sobre el error inveterado en la antigua Lingüistica (y que apenas empieza hoy a desarraigarse después de incorporada la Lingüística a la Estética, y constituída en ciencia filosófica por Benedetto Croce) de que el lenguaje es algo artificial, arbitrario, algo que el hombre, ya en posesión de sus ideas, deliberada y reflexivamente, se pone a inventar para comunicarse con los demás, y no más bien uno con el pensamiento. Sin el lenguaje no hay concepción estética ni lógica. El lenguaje nace con las ideas.

Sin embargo, algo concede todavía a Aristóteles, y esto ve.emos que es la fuente de sus inconsecuencias: «scio Aristoteleos aliter sentire, sed nemo diffitebitur nomina esse velut instrumenta rerum et notam... Qui igitur primi nomina rebus imposuere, credibile est illos adhibito consilio id fecisse, et id crediderim Aristotelem intellexisse quum dixit *ad placitum* nomina significare, nam qui nomina casu facta contendunt, audacissimi sunt, nimirum illi qui universi mundi seriem et fabricam fortuito ac temere ortam persuadere conabantur.»

El Brocense ve en Platón un anticipo pagano de aquello del Génesis de que Dios llevó a Adán todos los animales de la tierra y aves del cielo: «ut videret quid vocaret ea, omne enim quod vocavit Adam animae viventis, ipsum est nomen ejus».

El Brocense admite la lengua única primitiva del Génesis: «vides in

illo primo sermone, quicumque ille fuit (no dice que fuera el hebreo), nomina et etymologias rerum ab ipsa natura esse depromptas»... Y asegura: «in omni idiomate cujuslibet nomenclaturae reddi posse rationem, quae si in multis est obscura, non tamen propterea non est investiganda. Multa latuerunt philosophos quae Plato erit in lucem; multa post eum invenit Aristoteles, multa ignoravit ille quae nunc sunt passim obvia: latet enim veritas, sed nihil pretiosius veritate». Tienen estas palabras un sentido optimista y de dinamismo progresivo del pensamiento humano. Y luego hace la siguiente observación, de una frescura psicológica enteramente moderna: «sed dices qui fieri potest ut vera sit nominis etymologia, si una eademque res variis nominibus per orbem terrarum appellatur? (Esa misma observación ya la había hecho Epicuro.) Dico ejusdem rei diversas esse causas (aspectos que diríamos hoy, impresiones diversas que las cosas producen en nosotros), quarum illi hanc, nos aliam contemplamur; sic Graeci ἄνεμον, Latini *ventum* appellavere; illi ab spirando, hi a veniendo. *Fenestram* ἀπὸ τοῦ φαίνεσθαι deduxit Latinus, *ventana* a nostris dicitur, Lusitanis *janella*, quasi parva janua». Y concluye: «non igitur dubium est quin rerum omnium, etiam vocum, reddenda sit ratio: quam si ignoraverimus rogati, fateamur potius nos nescire quam nullam esse constanter affirmemus. Scio Caesarem Scaligerum, *de causis linguae latinae*, cap. 67, aliter sentire, sed haec vera ratio est».

Si tan intensamente platónico se nos acaba de mostrar, en cambio al excluir la interjección de las partes de la oración concede a Aristóteles, contradiciendo con ello a Scalígero, que la pone: «primam et praecipuam *(Minerva*, I, 2)»; «interjectionem non esse partem orationis sic ostendo: quod naturale est, idem est apud omnes, sed gemitus et signa laetitiae idem sunt apud omnes, sunt igitur naturales. Si vero naturales sunt, non sunt partes orationis, nam eae partes secundum Aristotelem *ex instituto*, *non natura* debent constare». Y sin embargo, antes había dicho: «sermonem esse *a natura*, non *ab arte*».

Podría salvarse la contradicción diciendo que en este último pasaje lo que es *a natura* = «natural» es «lo conforme a naturaleza, racional», en contraposición a lo que es arbitrario, convencional, *ab arte*, mientras que en la frase aristotélica, *natura* es lo animal, lo instintivo, y, aun descendiendo más, los movimientos reflejos, que diría la Psicología moderna, en contraposición a lo espiritual; y en

ese sentido hay un abismo entre el lenguaje animal y el lenguaje humano: «interjectionem Graeci adverbiis adnumerant, sed falso: nam neque voces latinae aut graecae sunt etiam si latinis aut graecis litteris scribantur, sed signa tristitiae aut laetitiae qualia in avibus aut quadrupedibus quibus tamen nec vocem nec orationem concedimus» *(Minerva*, I, 2).

En esto de que la interjección no es parte de la oración, no estamos conformes con el Brocense, porque hay una interjección humana, que es tan expresión como la frase más completa gramaticalmente. Y aun los gritos de los animales habría mucho que discutir si son meros reflejos automáticos o son un como rudimento de lenguaje, aprendido y transmitido por herencia y reproducido instintivamente. (Cf. Paul: *Prinzipien der Sprachgeschichte,* § 126.)

Y volviendo a lo de si se contradice o no el Brocense, puede decirse que, si no contradicción, hay, sí, una mezcla de dos puntos de vista, una especie de intento de conciliación, que está perfectamente caracterizada en un pasaje del capítulo XIV del libro IV de la *Minerva, de vocibus homonymis* (que es un capítulo de su obra anterior *Paradoxa,* que publicó en Anvers en 1582. Cfr. la biografía del Brocense, por Gregorio Mayans y Síscar, que precede a la edición completa de sus obras): «si voces (ut ait Plato in Cratylo et Aulus Gellius, lib. 10, cap. 4, et divinae Litterae nos passim docent) *natura* significant, quonam, obsecro, pacto uno eodemque nomine diversae naturae nuncupabuntur? Sin autem (ut docet *Aristoteles qui cum Platone non pugnat, modo recte intelligatur)* significent *ex instituto* seu ad placitum (institutum autem intelligo prudentium virorum qui rerum inspecta natura nomina solent imponere), dementem et insanum impositorem vocum judicemus oportet qui mensam et librum uno nomine nominari praeceperit».

2. *Naturaleza del lenguaje.*—Si en cuanto al origen del lenguaje, el Brocense representa un gran progreso y parece como que quiere salirse de los moldes intelectuales de su tiempo y de la lingüística aristotélica medieval (que era una mezcla de Lógica y Lingüística), en sus ideas sobre la naturaleza del lenguaje vuelve a caer de lleno en el aristotelismo, en el logicismo: las formas del lenguaje son expresiones de relaciones lógicas: «Creó Dios al hombre racional, y queriéndolo hacer sociable, le dió el lenguaje como don singular, y de formar el lenguaje dió encargo a tres artistas, el primero, la Gramática, que evita los barbarismos y solecismos; el se-

gundo, la Dialéctica, que pone verdad en lo que se dice; y el tercero, la Retórica, que da ornato y belleza.» *(Minerva*, I, 1.)

En la determinación de las partes de la oración, sigue a Platón en *de Ente:* «quidquid enuntiatur aut est permanens ut *arbor, aurum,* aut fluens, ut *currit*, *dormit.* Res permanentes sive constantes vocamus quarum natura diu perstat. Harum notam, *nomen* dixere. Fluentes dicimus quarum natura est esse tamdiu quamdiu fiunt. Harum nota *verbum* est».

Otro modo lógico de determinar cuántas y cuáles son las partes de la oración: «praeterea quum res omnes constent ex materia et forma, oratio itidem constabit, nam in verbis, ut inquit Fabius, vis est sermonis, ut in nominibus materia: alterum est quod loquimur, alterum de quo loquimur» (*Minerva,* I, 2).

La interjección no es parte de la oración. Cfr. supra.

El número de casos está fundado en la naturaleza de las cosas: «in omni porro nomine natura sex partes constituit... Sed quoniam haec casuum partitio naturalis est, in omni item idiomate tot casus reperiri erit necesse». Pero en griego no hay mas que cinco casos. No puede ser así, dice el Brocense: «quare contra universum grammaticorum coetum graecos sexto casu non carere contendo» *(Minerva*, I, 6).

No hay ni puede haber mas que dos números: «numerus alius singularis, alius pluralis, neque plures numeri fuerunt necessarii». ¿Y el dual griego? El Brocense dice: es un absurdo el dual de los jonios, porque los eolios no lo conocen. ¿Y en qué número están *duo* y *ambo?* «Non ibo infitias duo nomina esse apud latinos in duali numero: *ambo* et *duo*... Sed a graecis haec acceperunt (hoy se consideran como un resto del dual indo-germánico), et tamen cum verbo plurali conjungunt, ut *ambo currunt*» (es que en el verbo latino se han perdido las formas duales). *(Minerva,* I, 4.)

No hay ni puede haber mas que dos géneros: «genera duo esse dicimus quae sola novit ratio naturae»... ¿Y el neutro?: «Neutrum vero genus genus vere non est, sed per utriusque negationem». ¿Y el género común? El género común, dice, es un absurdo: «contra philosophicam rationem aliqua nomina ex aequo duo vel plura significarent, quod est contra Platonem..., etc.»

Los nombres propios no tienen género: «genus in illis nominibus non est quaerendum quae adjectivis conjungi non possunt». Y ¿por qué los nombres propios no son determinables por adjetivos? Res-

ponde: «quod proprium est et singulare sic a caeteris rebus separatur ut nulli alii videatur posse comparari... Si comparari non potest, non admitit qualitatem aut quantitatem... In prima philosophia, lib. v, 9: «singularia non suscipiunt determinationem, quia de pluribus non affirmantur» *(Minerva,* I, 7).

Los substantivos no son capaces de comparativo: «substantia, inquit Aristoteles, non suscipit magis et minus... Idem agens de qualitate, «suscipiunt, inquit, *qualia* (los adjetivos) magis et minus... Nec a verbis possunt creari comparativa, quia verbum est veluti forma orationis... Nec a particulis possunt creari, ut ab *extra*, *exterior*... Nec obstat quod Plautus a *poenus* facit *poenior*, non enim ibi substantiam sed calliditatem voluit significare, quasi dicat *callidior*... Sic qui dixit *neronior* a *Nerone* crudelitatem significavit...», es decir, el sustantivo puede adjetivarse funcional y semasiológicamente, como el adjetivo puede substantivarse. Luego las categorías gramaticales no son algo cerrado y absoluto, no son verdaderos conceptos lógicos, no son definibles científicamente, no son mas que conceptos empíricos, *seudo-conceptos*, que diría Croce (cfr., *Minerva,* I, 11).

No hay verbos impersonales,.. «Si legisset Aristotelem et Platonem saepe testantes sine nomine et verbo non posse constare affirmationem vel negationem» (*Minerva,* I, 12).

No hay modos en el verbo: «modus (que es una especie de grado del verbo, como el comparativo y superlativo del adjetivo) non attingit verbi naturam, ideo verborum attributum non est» *(Minerva,* I, 13). El verdadero modo del verbo es el adverbio: «Adverbium est dictum quasi *ad verbum,* quod sit quasi verborum adjectivum et modus, ut *bene currit*».

El verbo no puede regir genitivo, «nam possessor et res possessa nomina *relata* (correlativos) sunt ut vocant Dialectici, quum alterum sine altero nequeat intelligi: *possidere* verba significabunt, at *possessionem* numquam» *(Minerva,* II, 2).

Explicando la construcción del verbo con el dativo, dice: «domus constat ex materia, ut lapidibus et lignis; producitur ab artifice quae causa efficiens est; habet formam qua distinguitur a rebus aliis. Quum igitur constructa et perfecta est, tum quaerimus cui negotio vel domino sit accommodanda: sic dativus constructae atque perfectae orationi per modum acquisitionis supervenit» *(Minerva,* II, 4).

Sostiene contra Lorenzo Valla que varios adjetivos pueden determinar al mismo tiempo a un mismo substantivo: «uni substantivo plura adjectiva eleganter jungi». Y da la razón: «ratio ipsa praescribit uni substantiae simul multa cohaerere posse accidentia».

Los verbos o son activos o pasivos: «philosophia, id est, recta et incorrupta praedicandi ratio (la Lógica, alma y esencia del lenguaje) nullum concedit medium inter agere et pati, omnis namque motus aut actio est aut passio: uno si rem penitus inspicias, actio et passio nihil differunt nisi ratione quadam, sicut acclive et declive»... No hay, por consiguiente, verbos neutros: «quid igitur agent verba *neutra,* si nec activa nec passiva sunt? nam si agit, aliquid agit; si vivit, aliquid vivit: cur enim concedas, rem agentem in verbis quae neutra vocas, si tollis quid agant? An nescis omnem causam efficientem debere necessario effectum producere? Deinde etiam effectum non posse consistere sine causa? Quanto rectius Aristoteles qui lib. 1, de Generatione et Interitu asserit *in omni actione alterum esse quod agat, alterum quod patiatur.* «A philosophis, inquis, ista sumis»; metuebam ne «a *lenonibus*» diceres, quasi ulla sit ars quae possit esse a ratione aliena. Itaque verba neutra neque ulla sunt neque natura esse possunt, quoniam illarum nulla potest demonstrari definitio»... *(Minerva,* III, 2).

Hay un verbo substantivo que significa la sustancia: «Fundamentum seu radix omnium verborum est verbum substantivum quod graece φύω, latine *fuo* vel *fio* dicitur... Et verbum εἰμί *sum* apte et vere verbum est substantivum repugnante etiam Caesare Scaligero qui contendit per verbum hoc etiam accidens significari ut *Caesar est albus,* in quo quantum fallatur ostendimus alibi quum disputavimus contra Dialecticos accidens non praedicari de substantia, nam in voce *albus* deest *homo,* alioqui sonaret: *Caesar est albus Caesar*» *(Minerva,* III, 5). La significación abstracta de existencia o de esencia del verbo *sum* no es la primitiva, sino secundaria y muy secundaria, y es una debilitación de la primera, que era concreta y activa, como la de los demás verbos, de lo que aun hoy quedan ejemplos. Así, el verbo *sum,* en unión con adverbios: *Sic vita hominum est* (está hecha); *Veliae fui* (me detuve); *ut tuto sim* (me encuentre) (cf. *Cocchin.* Sintaxis, p. I, 5).

Los adjetivos no pueden substantivarse: «Adjectiva nomina numquam fiunt substantiva ut male credidit Caesar Scaliger, nam accidens non transit in substantiam» *(Minerva,* IV, 4).

3. *La analogía en Morfología.*—Entiéndase ahora la *analogía* en el sentido antiguo, como cuestión secular, reflejo de oscuras teorías lingüísticas, de la *analogía* y *anomalía,* cuestión que tiene en las épocas greco-romana y medieval, la importancia que en lógica la cuestión de los *universales.*

El Brocense es analogista decidido. El lenguaje es lógica, razón, regularidad. Unicamente los pronombres no entran en parangón: «et ut semel quod sentio dicam, *ego, tu, sui* pronomina vel potius *prima nomina* rectius vocarentur, quum sint aliorum duces et sui juris, non enim aliorum norma declinantur, quod regum proprium est, nisi velis grammaticorum commentis accedere, qui etiam, si Musis placet, pronominum declinationes obtrudunt, nam caetera nomina ab his gubernantur, et eis sublatis, reliqua omnia muta et manca reperientur» *(Minerva,* I, 2). Pero fuera de los pronombres no admite nombres heteróclitos ni heterogéneos, sino redundantes: «In anomalis reliquis ridiculi sunt grammatici qui centauros et hermaphroditas effingunt, nullum enim nomen est quod in plurali degeneret a singulari aut in genere aut in declinatione».

4. *La analogía en Semasiología.*—También es analogista en la palabra, estudiada en cuanto a sus significaciones. Principio fundamental para el Brocense: «Unius vocis unica est significatio.» Por consiguiente, no hay nombres *equívocos* u *homónimos:* «equivoca nulla sunt», palabras que tengan varios significados.

¿Por qué? «Si quis primo intuitu nos paradoxon, non veram sententiam proponere arbitretur, audiat Aristotelem, quem sententiae nostrae praecipuum facimus adsertorem qui res naturia diversas uno nomine posse quidem vocari docet, sed per analogiam, id est, comparationem vel proportionem» *(Minerva,* IV, 14).

Frente a esta doctrina de Aristóteles, el estoico Crisipo compuso un tratado para demostrar que una misma cosa se expresa con sonidos diversos y que un mismo sonido expresa diversos conceptos: *similes res dissimilibus verbis et similibus dissimiles esse vocabulis notatas.*

El Brocense demuestra largamente que no hay nombres equívocos, homónimos: «Si voces, ut ait Plato in Cratylo et Aulus Gellius lib. 10, cap. IV, et divinae litterae nos passim docent, *natura* significant, quonam, obsecro, pacto uno eodemque nomine diversae naturae nuncupabuntur? Sin autem, ut docet Aristoteles qui cum Platone non pugnat, modo recte intelligatur, significent ex *instituto* seu ad

placitum (institutum autem intelligo prudentium virorum qui rerum inspecta natura nomina solent imponere) dementem et insanum impositorem vocum judicemus oportet qui mensam et librum uno nomine nominari praeceperit.» (Cfr. todo el cap. XIV, de *Minerva,* IV.)

Después de dar reglas prácticas para distinguir los aparentes homónimos o equívocos, demuestra con muchos ejemplos que las varias significaciones de una palabra se deducen todas de una primitiva significación fundamental.

Este punto de vista del Brocense lo sostiene hoy mismo Ferd. Heerdegen en su *Lateinisch. Lexicologie,* en apéndice a la Sintaxis de Schmalz, párrafo 21: «Al punto de vista semasiológico toca el fijar la significación o significaciones de una palabra, y en el caso de que una palabra tenga varias significaciones, demostrar la evolución de la significación primitiva a las más recientes.» La misma opinión sustenta Steinthal (Zeitschr. f. Volkerpsychologie, I, 226), que combate H. Paul, Prinzipien der Sprachgeschichte, párrafo 53:

«Steinthal sostiene que no hay palabra con varios sentidos (que nada tengan que ver entre sí); pero, infundadamente, creo yo. En primer lugar hay casos en que la coincidencia fonética, en medio de la diversidad semasiológica, es debida a la casualidad, v. gr., en alemán, *Acht:* diligencia —proscripción— ocho». Estos casos los excluye, desde luego, Steinthal, viendo en ellos palabras etimológicamente diferentes. Pero hay variedad de significaciones, no sólo en casos de mera coincidencia fonética, sino también en otros en que las palabras tienen idéntica etimología, v. gr., latín *examen:* «enjambre: prueba de conocimientos». Steinthal dice que siempre hay una significación fundamental de que se derivan las otras. Pero esto sólo vale para la época en que se realizó esa ampliación del sentido de una palabra. Luego sin conocimientos históricos es imposible saber cuál es el sentido primitivo ni la relación entre los varios sentidos, sobre todo si se ha perdido (como sucede muchas veces) la primitiva significación. Y aun siendo reconocible la relación, si la palabra en una de sus significaciones es verdaderamente usual, puede usarse en ella sin relacionarla conscientemente con la significación primitiva. Y este es el caso de la lengua popular. El pueblo no sabe de etimología ni de historia semasiológica, o a lo mejor inventa falsas etimologías.

5. *La antifrasis.*—Rechaza la llamada *antifrasis:* «Ad nauseam usque repetunt indocti Grammatici *antiphrasin* figuram: *parcas*

enim affirmant dici *quia nemini parcant,* et *lucum* quia *nemini luceat,* et hujusmodi sexcenta monstra. Sed ego illos hic ut in aliis omnibus in media luce caligare vel potius caecutire ostendam...» No es que niegue la existencia de ese fenómeno lingüístico-retórico: «Ego vero antiphrasin esse non infitior, sed longe aliud esse quam quod isti opinantur, assevero: est enim ironiae quaedam forma quum dicimus negando id quod debuit affirmari, ut *non mihi displicet, non male disputat* pro *placet* et *bene disputat.*» Es un absurdo para el Brocense eso de que las palabras expresen lo contrario de lo que significan: lo que hay en algunas es simplemente una *litote* o *tenuitas dicendi,* que dicen los retóricos: «Nam haec est mera ironia quum contrarium significamus, aliudque est tropum efficere, aliud nomina imponere (tum praeterea ironia pronuntiatione et gestu indicat quid velit), antiphrasis vero si esset, ex usu significaret» *(Minerva,* IV, 14).

De todos modos, si la ironía es lo que llaman los retóricos una figura *de pensamiento* (?), es también figura de palabra. Error secular el de querer separar la Estética de la Lingüística, error que aun perdura en Humboldt y Steinthal, aun después de separar el lenguaje de la Lógica, hasta que Croce ha demostrado la perfecta coincidencia de ambas ciencias.

6. *Resumen.*—Así como, en cuanto gramático, el Brocense, después de haber tomado una alta posición especulativa en su modo de concebir la Gramática como ciencia, como definición de conceptos, luego en la aplicación desciende mucho y se le escapa la función de formas lingüísticas, para cuya explicación tiene que acudir a expedientes como la elipsis, así también en su concepción del lenguaje hay gérmenes, hay atisbos poderosos que le ponen en la línea de los grandes filósofos del lenguaje, Vico, Humboldt, Steinthal, Paul, hay algo en él que se sale de los límites de su tiempo, que desconcierta las concepciones dominantes, pero que duerme y no triunfa de los prejuicios seculares, intelectualismo, artificialismo, etc.

En cuanto al origen del lenguaje, por debajo de sus vacilaciones y de sus intentos de conciliar a Aristóteles con Platón, hay una marcada preferencia por éste, un sentido profundo y vivo de que el lenguaje no es cosa de artificio, no es una convención, sino algo divino, algo misterioso, «sed ex Jovis cerebro, unde nata Minerva dicitur in humanum usum delapsu divinitus». Cierto que habla de una «primaeva omnium lingua» que habría sido revelada al hombre

por Dios, y cita el Génesis. Pero eso es como la envoltura mística de un pensamiento filosófico. Todos los pensadores que más han penetrado en la esencia del lenguaje, tienden a ese sentido místico. Para Vico el lenguaje es poesía. La poesía fué la lengua primera común a todas las naciones *(Scienza nuova*, III, 2). Herder (citado por Croce, *Estética,* pág. 297): «el lenguaje no es cosa de imitación, porque la imitación de la naturaleza es un medio, no un fin. Mucho menos es convención arbitraria: el salvaje, en la soledad del bosque, habría creado el lenguaje por sí mismo. El lenguaje es entenderse el alma consigo misma: es tan necesario al hombre como el ser hombre. Haman hacía del lenguaje algo que el hombre sólo puede aprender por medio de una mística *communicatio idiomatum* con Dios». Ese mismo gran pensamiento sigue latente hasta que llega a encontrar en Humboldt la fórmula filosófica: «hay que considerar las lenguas, no como un producto muerto, sino más bien como una producción... La lengua no es obra —*ergon,* sino más bien actividad — *energeia;* es el trabajo eterno del espíritu que se esfuerza por hacer capaz al sonido articulado de expresar el pensamiento... El lenguaje no es algo que ha surgido para efectos de comunicación externa, sino que ha nacido de una necesidad interna de conocer, de hacerse una intuición de las cosas... Las palabras surgen espontáneamente sin constricción, sin intención... No hay horda nómada que no tenga sus cantos». Está naciendo la moderna Filosofía del lenguaje, y eso que todavía después del Brocense, en todo el siglo XVIII, dominaba el concepto artificial del lenguaje en las gramáticas filosóficas por el estilo de la de Port-Royal (cuya dependencia del Brocense sería un buen tema de estudio).

Después de Humboldt precisará más ese mismo pensamiento suyo que acabamos de citar, su discípulo Steinthal, diciendo que la cuestión del origen es la cuestión misma de la naturaleza del lenguaje, de su génesis psicológica: «No hay diferencia esencial entre creación originaria *(Urschöpfung)* y la que se repite diariamente cada vez que hacemos una frase... El lenguaje es algo superior a los movimientos reflejos del animal: el lenguaje es liberación, es libertad, resistencia a la naturaleza... Los animales tienen conciencia sensible, pero les falta conciencia de la conciencia, la forma interna del lenguaje... El hombre no escoge el sonido: éste le es dado, y él lo toma por necesidad, instintivamente, sin intención, sin arbitrio» (cfr. Croce, 387).

En cuanto al problema de las relaciones del lenguaje con el pensamiento, de la Lógica con la Gramática, también hay grandes atisbos en el Brocense. Pero antes hay que remontarse a recoger precedentes. Los estoicos hicieron investigaciones en estrecha relación con la Lógica, siendo los fundadores de la Gramática como disciplina aparte. Pero ya muy antes, con los sofistas habían empezado las especulaciones sobre el lenguaje. Les chocaba a éstos que con sonidos se pudieran representar colores y cosas no audibles. Se discutió ya entonces si el lenguaje era por *naturaleza* (φύσει) o por *convención* (νόμῳ). Por naturaleza entendían quizá necesidad mental, por convención lo que hoy decimos hecho natural, mecanismo psicológico, sensualismo. Quizá la cuestión era sobre si el lenguaje responde a la verdad objetiva, lógica, a las relaciones reales de las cosas (ορθότης τῶν ονομάτων), y en ese caso, estaban más cerca de la verdad los que decían ser convencional el lenguaje, es decir, arbitrario respecto a la verdad lógica (νόμω o θέσει, no φύσει). Eran, pues, dos cuestiones diversas, una y otra agitadas confusa y equivocadamente en el oscuro *Cratylo* platónico, que fluctúa entre ambas direcciones. El Brocense, que cita mucho el Cratilo y puede considerarse como platónico dice, apoyándose en Platón: *nomina et verba natura constare... Sermonem esse a natura, non ab arte... Nomina esse velut instrumenta rerum et notum.*

Aristóteles que considera las palabras como imitaciones (lo mismo que la poesía) (μιμήματα) hizo una observación capital: además de las proposiciones *enunciativas* , que dicen lo verdadero o lo falso (lógico), hay otras que no dicen ni lo verdadero ni lo falso, verbigracia, las expresiones del deseo (ευχή), que más bien que en la Lógica entran en la Poética o Retórica.

Epicuro afirmaba que la variedad de nombres que una misma cosa tiene en las varias lenguas, derivaba, no de la convención o arbitrio, sino de ser varias las impresiones que las cosas producen en cada pueblo. Esta observación la recoge también el Brocense (Supra. I. *Origen del lenguaje)*. Y los estoicos, aunque atribuían el lenguaje a la mente (διάνοια) y no a la fantasía, tuvieron como un presentimiento de la naturaleza alógica del lenguaje, poniendo entre pensamiento y sonido algo que no especificaron bien y que los griegos decían λεκτόν y los latinos *effatum* o *dicibile (Croce*, Estética; Storia, 201-02.)

Pasando a la Edad Media, entraban en el conjunto de la Lógica

medieval, y estaban a la orden del día, discusiones sobre el carácter significativo de la palabra humana —los llamados *modi significandi* (de donde *Modistas)*, a que daban ocasión las afirmaciones relativas a ello, que ocurrían en los escritos lógicos de Aristóteles, introduciendo así insensiblemente el método y la terminología lógica. Lógica y Lingüística en Aristóteles estaban involucradas— y siguieron así luego en la Escolástica, y en el Renacimiento, y más tarde en la filosofía moderna, y aun contemporánea (1); de ahí que la Lógica aristotélica era puramente verbalista, y su Lingüística (su gramática) era intelectualista.

Trataban los Modistas de la Edad Media de lo que se significa con la palabra, y de cómo se expresa lo que se quiere significar, o como dice Rogerius Baco (1214-1294) se trata: *de impositionibus vocum ad significandum et quomodo significant per impositionem et alias vias* (Golling, *Einleitung in die Geschichte der Latein. Syntax*, 31.)

En el *de vulgari eloquentia* (1256) de Hermann, la palabra se considera como signo —*rationale signum et sensuale... natura quidem sensuale in quantum sonus est, rationale vero in quantum aliquid significare videtur ad placitum.*

El Renacimiento, si desde el punto de vista humanístico, es un hecho de primer orden que abre una nueva época, no supera esencialmente la lingüística greco-romana ni la medieval. Scalígero, y, sobre todo, el Brocense, fundan la gramática especulativa; intentan hacer conceptos y dominar el empirismo, pero edifican sobre la Escolástica, y son más tributarios de lo que a ellos les parece de la Edad Media. Conocen y gustan el mundo clásico, y en eso son superiores a los Modistas, que no conocían más latín que la jerga escolástica (si bien, era una lengua, y una lengua viva) pero por bajo de sus conceptos gramaticales hay un intelectualismo tan rígido como el de aquel escolástico (se atribuye a Alberto Magno), que dijo: «*sicut se habet stultus ad sapientem, sic se habet grammaticus ignorans logicam ad peritum in logica*» (Glossa notabilis.)

Cierto que el Brocense parece vislumbrar la naturaleza estética de la elipsis como fenómeno lingüístico, al decir: *eo festivius quidque dicitur quo plura relinquuntur intelligenda* —y también:

(1) Croce, en su *Lógica*, hace un magnífico ensayo de Lógica *formal*, no *for malista*, es decir, una Lógica real, no verbalista.

aliud est grammatice, aliud latine loqui—; pero no por eso la frase elíptica deja de ser para él una figura, una cosa defectiva, a la que le falta la integridad gramatical *(doctrinam supplendi esse valde necessariam)*. Es que en el lenguaje da intervención a la lógica tanto como a la gramática y a la retórica: «sermoni autem perficiendo tres opifices constituit: grammaticam, dialecticam et rethoricam» *(Minerva,* I, 1). Firme en su filosofismo, violenta la lengua y niega lo que no entra en sus cuadros, v. gr.: no hay más que verbos activos y pasivos; no hay verbos neutros: «philosophia, id est, recta et incorrupta praedicandi ratio, nullum concedit medium inter agere et pati».

En una cosa, sí, es superior a sus predesores, contemporáneos y sucesores, incluso a la gramática filosófica del siglo XVIII: el lenguaje no es algo artificial, de convención, es algo natural, es algo divino: «Sermonem esse a natura, non ab arte». «Hay que dar cuenta de las palabras...» En toda lengua se puede hacer la etimología de cualquier palabra. En muchos casos será obscura; pero no por eso debe dejarse de investigar; —*latet enim veritas, sed nihil pretiosius veritate*. ¡Inmenso progreso respecto a la Edad Media! Ya no valen aquellos dos principios fundamentales de la gramática especulativa medieval: 1.º El lenguaje es un producto artificial que la reflexión creó y formó. 2.º Los principios gramaticales son esencialmente iguales en todas las lenguas —*grammatica una et eadem est secundum substantiam in omnibus linguis, licet accidentaliter varietur* (así se lee en una gramática griega manuscrita de Rogerio Bacon). Contra este modo de ver abstracto, ya vimos con qué energía reacciona el Brocense al hacer suya la observación de Epicuro de que una misma idea tiene distinta expresión en las varias lenguas: *dico ejusdem rei diversas esse causas, quorum illi hanc, nos aliam contemplamur* —por debajo de la distinta expresión, hay siempre una distinta concepción.

Del siglo XVII en adelante, si bien sigue dominando en las escuelas el intelectualismo o el empirismo gramatical, empiezan a surgir destellos de un nuevo modo de concebir el lenguaje, vislumbres de una explicación psicológica, más bien de una nueva filosofía del lenguaje. Vico descubre la fantasía como potencia espiritual a la que atribuye el lenguaje y la poesía: «la poesía es la lengua primera común a todas las naciones». Señala y refuta como error de los gramáticos el creer que primero fué la prosa, y luego la poesía. Lo

mismo el creer que las lenguas nacieron por convención y que las palabras significan *ad placitum*, lo que es fácil observar en la lengua latina, en que casi todas las voces se han formado por metáfora (la metáfora es la cantera de todas las lenguas). Lo mismo el creer que el lenguaje de los prosadores es propio y el de los poetas impropio: «la mente humana usa el intelecto cuando de las cosas que siente recoge lo que no cae bajo los sentidos, lo que los latinos dicen *intelligere*... Los pueblos, para crear su lengua, no tuvieron necesidad de ir a la escuela de Aristóteles». (Cfr. Croce: *Estética*, páginas 261 y siguientes).

La filosofía kantiana dió impulso a la averiguación de las relaciones entre pensamiento y lenguaje. Aplicaron al lenguaje las categorías kantianas Roth, Vater, etc. Era ya otro sentido que en Port-Royal. El concepto dominante, sin embargo, era la diferencia entre la lengua y las lenguas, la lengua universal correspondiente a la Lógica y las lenguas concretas e históricas, turbadas por el sentimiento, la fantasía o como se llame el elemento psicológico de diferenciación (se vuelve con otras palabras al filosofismo y al abstractismo de los escolásticos).

Reinbeck hablaba de una gramática estética y de otra lógica. Foch, más enérgicamente, sostenía que la índole de la lengua «non ad Logices sed ad Psychologiae rationem est revocanda». Humboldt mismo no supo del todo liberarse del prejuicio de la identidad sustancial (y diversidad meramente histórica y accidental) entre pensamiento lógico y lenguaje; concibe una lengua ideal, perfecta, que se escinde en varias lenguas particulares, según la capacidad lingüística e intelectual de cada nación.

Ahora que, como dice Croce, Humboldt se combate con Humboldt En él hay ya un nuevo concepto del lenguaje: descubre un hecho nuevo, desconocido para los autores de gramáticas lógico-universales: la forma interna del lenguaje *(innere Sprachform)*, que no es el concepto lógico ni el sonido físico, sino el producto de la fantasía, el concepto individualizado. Unir esa forma interna con lo físico es obra de síntesis interna, es arte.

Esas contradicciones las resolvió su discípulo Steinthal, sosteniendo que el lenguaje no pertenece a la Lógica, sino a la Psicología. Se puede pensar sin palabras (el sordo-mudo piensa con señas; el matemático, con fórmulas: en la lengua china, el elemento figurativo es tanto o más importante que el fónico). Proposición no es jui-

cio, sino representación de un juicio, y no todas las proposiciones representan juicios lógicos (cfr. Croce, *Estética,* pág. 383 y siguientes).

Pero Steinthal no llegó a ver la identidad entre lenguaje y arte, entre Lingüística y Estética. Esta es la obra de Croce, sistematizar y fundamentar lo que Vico entrevió, creando la Estética como ciencia filosófica.

Después de Steinthal, la Lingüística experimenta un retroceso con el Positivismo, del que ni Müller, ni Whitney, ni Wundt, ni el mismo H. Paul han sabido liberarse. ¿No habrá influído ese retroceso, esa *capitis diminutio* filosófica de que más o menos padecen con toda su erudición histórico-comparativa todos los lingüistas novísimos: Brugmann, Delbrück, etc., en el descenso que ha experimentado el Brocense en el concepto de la actual Alemania? En cambio, los discípulos de Humboldt veían en el Brocense un precursor de su Wilhelm Humboldt, «el Príncipe de la ciencia linguística», como le llama Michelsen. Fueron ellos los que crearon la figura del Brocense, si bien no lo necesitaba, porque tenía cimentada su representación con la profunda y duradera influencia que ha ejercido hasta ahora en la Gramática. E indudablemente, cuando llegue el día (y tiene que llegar) en que una renovación filosófica rehaga desde sus fundamentos e inspire aliento vital a la todavía informe congeries de materiales que es hoy la Lingüística, y con ella la Gramática (lo mismo que la Lógica y la Retórica), deje de ser un esquematismo o casuismo muerto, cuando ese día llegue, la figura del Brocense volverá a brillar con toda su luz, con todo su valor especulativo y filosófico.

MOISÉS SÁNCHEZ BARRADO.

DOS EDICIONES DESCONOCIDAS DEL LIBRO DE "BONS AMONESTAMENTS"

DE

FRAY ANSELMO TURMEDA

El pasaporte que Alfonso V de Aragón hubo de otorgar a Fray Anselmo de Turmeda en 23 de Septiembre de 1423, publicado por primera vez en el *Cançoneret d'obres vulgars,* empezado en 1873 por D. Mariano Aguiló y terminado en 1900 por su hijo D. Angel, es documento que no deja lugar a duda sobre la apostasía del fraile mallorquín Anselmo de Turmeda; puede verse el documento en el libro indicado o en el magistral estudio que sobre nuestro autor publicó en Barcelona en 1914 D. Agustín Calvet, y que hace remita al lector al mismo, en cuanto desee documentarse sobre éste y los demás puntos de la vida y producciones del heterodoxo franciscano. Es nuestro intento dar a conocer dos ediciones castellanas de un libro popular cuyas ediciones se repitieron innumerables veces, modificándose el texto en casi todas, hasta el punto de que las más modernas sólo son remedo de lo consignado en las anteriores.

Juzgo que la causa de ver tan repetidamente impresa la obra no ha de hallarse en su mérito literario, ni aun en su originalidad (1), sino en que se trató por todos los medios de repetir y propagar la

(1) Menéndez y Pelayo ya advirtió en los *Orígenes de la Novela*. I. Introducción, era «en gran parte imitación y a veces traducción de un libro italiano; *La dottrina dello Schiavo di Bari*», compuesto en el siglo XIII. D. Ramón de Alós hizo posteriormente en Italia la oportuna compulsa, y el Sr. Calvet, en el estudio de Turmeda a que antes me he referido, imprimió los textos de las dos obras para facilitar la confrontación.

obra más ortodoxa de Turmeda, a los efectos de aminorar la impresión que en todos produjo la apostasía del autor.

El espíritu del libro de *Bons Amonestaments* es el de ser una colección popular de máximas de bien vivir, versificadas medianamente y al alcance de todas las inteligencias.

En la *Bibliografía de la Conca de Barberá,* que ordenó D. Antonio Palau (Barcelona, 1915), se describe de este libro una edición castellana impresa con el nombre de *Doctrina provechosa,* en Valencia, por D. Antonio Bordazar, año 1719 (12 hojas, 8.°), que es la descrita en el número 326 del *Catálogo Paremiológico,* de D. Melchor García Moreno (Madrid, 1918); cuantas referencias he buscado referentes a ediciones anteriores o posteriores a ésta, en las diferentes Bibliotecas que he frecuentado, han sido inútiles; por ello juzgo interesante dar a conocer en sus detalles las ediciones castellanas que en mi biblioteca poseo; impresa una en 1688 y otra posterior, que creo de finales del siglo XVIII y que carece de indicación tipográfica alguna.

Edición del XVII:

Portada: «Fray Anselmo de // Turmeda // (Debajo, grabado en madera muy gastado, representa un fraile escribiendo un libro,

sentado en su cátedra; ved grabado.) Con Privilegio. // En Valencia, junto al Molino de la Rovella (1) // año 1688. //

Vuelta de la Portada: «Vias tuas Domine De // monstra mihi & semitas tuas // edoce me». // (Ocupando el lugar de la capital, grabado en madera, representando a Cristo en la Cruz y la Virgen al pie, todo dentro de orla.) «En el nombre de Dios y de su madre bendita.»

Este libro fué cõpuesto por Fray Anselmo de Turmeda y de naciõ Catalán. A éste (por lo que Dios fué servido), le cautivaron los moros y le llevaron a Túnez, donde compuso la presente obrecilla, para provecho y buena doctrina de todos los Fieles Christianos, a los quales encomendó rogassen a Nuestro Señor le hiziesse gracia que acabase en su santo servicio. Amén.

En nombre de Dios todo poderoso
començaré con reposo,
quien de buena doctrina es deseoso,
esta siga.
Pues tienes Bautismo con verdad,
creerás en la Divinidad,
que es un ser en Trinidad,
de tres personas.
Y que JESVS, Hijo de Dios vivo,
y de David que así lo escrivo,
en amarnos no fué esquivo,
según la Escritura.
Y en los Artículos que has oído,
cree lo que la Iglesia ha creído,
y pon en ellos tu sentido,
muy de veras.
Tu leedor que leerás
en el libro, si verás
algún buen dicho, tomarlo has
los otros dexa.
En nombre de Dios has de començar
quanto quisieres obrar,
entre las gentes poco hablar
es cordura.

(1) El impresor valenciano Jerónimo Vilagrasa añade desde el año 1664, después de su nombre: «Junto al Molino de la Rovella».

Es hijo, el rezo y la vitoria,
servir y amar al Rey de la Gloria,
y de la muerte ten memoria,
que no sabes la hora.
Por tu Dios y por tu Ley,
y tras esto por tu Rey,
y si se ofrece por tu grey,
pon la vida.
Hijo guarda lealtad,
y en tus obras ten bondad,
ama la honra de tu Ciudad,
o de tu Tierra.
Según tu renta vive abasto
y con tiento mide el gasto,
en limosna justo y casto,
en gran manera.
Busca la paz, y no la guerra,
que más corta que no sierra,
quien la usa no es de tierra,
que malo no aya.
Hijo seas obediente,
no hagas pesar a la gente
preciate de ser prudente
en tus respuestas.
Jamás por melancolía
quieras dezir villanía,
que mal hablar no es cortesía
ni buena uzança.
Un buen consejo te quiero dar,
jamás te quieras alabar
de muger de otro, ni tal contar,
que es gran locura.
Escucha hijo lo que te digo,
si tendrás un buen amigo
guárdalo, y del enemigo
guardar te deves.
Si te embían con mensage
llanamente haz tu viage,
y no mudes de lenguage
por moneda.
Si no eres buen razonador
no seas largo hablador,

si de noche oyeres rumor,
allá no vayas.
En todo aquello, que has de obrar
procúrate aconsejar,
y de dos caminos tomar
el más seguro.
En lo que Dios quiere ordenar
no cures tu adivinar,
antes deves regraciar,
en quanto haze.
Nunca jures falsedad,
por dineros no hagas maldad,
ni en ropa tengas seguridad,
que parda sea.
La Iglesia deverás visitar,
a Dios y sus Santos rogar,
y quando oirás predicar
piensa en ello.
De las *palabras* (1) haz medida,
y no escudriñes su vida,
si con la cabeça raída
traen barba.
Si tienes hija por casar,
y casamiento, que la dar,
dale marido sin tardar,
vaya fuera.
De noche no hagas jornada,
y temprano entra en posada,
con malos no trates nada,
ni los conozcas.
No converses con traydor,
ni contrastes con amor;
sé muy fiel a tu Señor,
mientras vivieres.
No seas ligero en creer,
ni duermas, si has que hazer,
ni gavilán quieras tener,
que no trae caça.
Tiempo ay de reposar,
y tiempo de trabajar,

(1) En otras ediciones, «pobres», que parece lo lógico.

quien con pereza lo dexa passar
jamás medra.
Con ladrones nunca tratar,
ni cosa dellos mercar,
mala cosa es conquistar
alta horca.
A todos trata con humildad,
sin mostrar CIVILIDAD; (1)
consejos de baja calidad
a vezes vale.
Verás, pues, el que ha sufrido
con paciencia, muy subido,
y el soberbio ya, perdido
con su locura.
La dulce habla, gana amigos,
las lisonjas enemigos,
haz que ricos y mendigos
amigos te sean.
El hablar no es sino viento,
por eso hijo ten buen tiento;
a todos haz tal tratamiento
que todos te amen.
Los juegos honestos usarás,
de dados te guardarás;
nunca buena capa traerás,
si los siguieres.
En el comer serás templado,
y no bevas demasiado;
jamás secreto hubo guardado
do reyna el vino.
Mas vale pan seco con amor
que no gallinas con dolor;
a tus parientes haz honor
según el Sabio.
Honra a tu padre quanto pudieres
y dale de lo que tuvieres;
lo mismo harás mientras vivieres
con tu madre.
Y si quieres larga vida,
y después gloria cumplida,

(1) «Servilidad» debe decir.

su voluntad sea tu medida
pues justa sea.
Si con mal hombre te ajuntarás,
el hará el mal y tu lo pagarás:
en vil árbol no hallarás
fruto bueno.
Por ti no sea menospreciado
contraecho, manco, ni lisiado,
alaba a Dios que te ha guardado
destos males.
De aquel que vieses más tener
nunca tomes desplacer,
con lo que a Dios le plaze hacer
cada qual se goze.

[Faltan aquí a mi ejemplar dos hojas, pues aunque carecen de numeración los folios, se echa de ver la falta, tanto por el reclamo, como por tener cada hoja diez estrofas y ser veinte las que en total debiera tener, comparada esta edición con la otra del XVIII que poseo; cuando describa ésta, reproduciré los versos que no tiene mi ejemplar de la presente edición.]

Si con pobreza hijos avrás,
déxales lo que tendrás,
y algún arte les mostrarás
con que vivan.
Desvíalos en tierna edad
de juegos y de maldad,
y darles has buena heredad
a poca costa.
Si el árbol tuerto quieres enderezar;
si es grande, se ha de quebrar;
quando chico se sufre doblar
quanto quisieres.
El que vive simplemente
vive más seguramente;
Dios aborrece la gente
de dos caras.
Quien bien hará, tal hallará,
y quien mal, mal ganará,
cada qual se llevará
su carga a cuestas.

Dineros hazen bien y mal,
y a vezes el hombre infernal,
también le hazen celestial
según los gasta.
Hazen bregas y rumores,
vituperios y honores,
y cantar predicadores;
Beati quorum.
Hazen alegres los infantes,
y a los Abades muy cantantes,
aun los Frayles Mendicantes
les hazen fiesta.
El flaco gordo tornará,
el bastardo se legitimará;
si al sordo le dizen toma
luego se buelve.
Tornar los enfermos sanos,
Moros, Judíos, Christianos,
dexan los Santos por vanos,
dineros adoran.
Son la fiestas festejadas,
y las bestias estimadas,
y las palabras trastocadas
por dineros.
Después deves trabajar
en justamente los ganar,
y a tanto puedes allegar,
que seas Papa.
Serás siempre aprovechado;
si San Juan es tu abogado,
por él serás remediado
en esta vida.
Quien bien está, si es cuerdo calla,
quien mal busca, él lo halla;
carrera vieja, por nueva dexalla,
es locura.
De mala muger no seas vencido,
que alma y cuerpo te ha perdido,
y ser della muy querido
no hincha bolsa.
Comer aves mal sería,
mas legumbres cada día,

y las fiestas de alegría
carnero basta.
En contrario temporal
si perdieres el caudal
acuérdate que bien y mal
todo se muda.
El tiempo se mudará,
después de nublo aclarará,
quando pensáis que lloverá,
el Sol apunta.
Si quieres te loe cada uno
no digas mal de ninguno;
preciáte de oir ayuno
la Santa Missa.
De chica brasa es contingente
encenderse el fuego ardiente;
assi del que habla neciamente
nacen guerras.
Siendo moço herirás,
siendo ayunque sufrirás,
todo esto guardarás
con templança.
Del amigo reconciliado,
del viento que entra por forado,
de aquél que va disimulado,
de aquél te guarda.
De los bienes que tendrás
con los pobres partirás,
do quiera que los verás,
y te pidieren.
Si no es justo a quien lo darás,
serálo por quien lo harás,
tu, gran mérito alcançaras
y ellos gran pena.
Si eres rico y bienes has,
antes, te limitarás,
del buen tiempo no fiarás
en tu gasto.
Habla al pobre con amor,
y no le hagas deshonor,
que Christo nuestro Señor
por nos fué pobre.

*

Tenerte deves por pagado
de aquello, que Dios te ha dado,
y no te llames desdichado
si eres pobre.
Si con algunos has de tratar
piensa lo que has de hablar,
pues no hay palabra atrastornar,
después de dicha.
De lo que tienes seas contento,
y no vivas muy sediento
de oro, muger, ni vestimento
que otro tiene.
Quanto pudieres deves esquivar
a tuerto hazienda allegar,
que tus herederos jamás gozar
desto podrían.
Si de mal pisto es el cordero,
mal provecho te hará el cuero,
guarda el cuchillo verdadero,
que Dios es justo.
Si votaste castidad,
guarda el voto con verdad,
si puedes virginidad
mejor sería.
Jamás hijo tomes placer
del mal que a otro vieres hazer,
que vaso sano (al parecer)
se rompe presto.
A cada uno su derecho darás
pues de Dios sabido has,
que la medida que harás,
te será hecha.
Tu culpa no sea por ti zelada,
mas por confessión revelada;
la penitencia que te fuere dada,
cumple presto.
No temas quando morirás,
que a la Virgen hallarás,
y ante su Hijo la verás
humillada.
Delante del Padre poderoso
verás al Hijo glorioso,

por ganar nuestro reposo
mostrar sus llagas.
Y la Virgen que allí estará
al Hijo le mostrará,
sus pechos, y rogará
según Bernardo.
No te debes olvidar,
ni por esto descuydar,
que es Dios justo, y querrá guardar
recta justicia.
Esto que tu vida mide,
por escrito se déspide
y guarda no te se olvide
mi doctrina.
Si lo dicho guardarás;
gran provecho alcançarás,
delante un Rey hablar podrás
muchas figuras.
Este libro he ordenado,
por si fueses preguntado,
en algún caso seas informado,
de la respuesta.
Y la lengua fué en Romance,
porque sirva a todo trance,
y cada uno fruto alcance
y entender pueda.
Leedor con humildad
te ruego si ay falsedad,
con gentil curiosidad
la castigues.
Si mi nombre has demādado
Fray Anselmo soy llamado,
de Turmeda renombrado
sin falta.
Este tratado gentil,
se acabó en el mes de Abril,
noventa y ocho, trescientos y mil
entonces eran.
A Dios ruego que al poder,
que hizo el mundo de no ser,
que al fin nos quiera acoger
en su gloria.
. . . . . .

Estos son los diez passos con que todos podemos ir al Paraíso.

El primero, tener conocimiento de sus pecados. El segundo, tener dolor de averles cometido. El tercero, tener firme propósito de no tornar más a ellos. El quarto, apartarse de dar ocassión de pecar. El quinto, confessar con mucha contrición. El sexto, dar abstinencia a la carne. El séptimo, hazer oración a Dios muy devotamente. El octavo, hazer limosna de cosa propia. El noveno, perdonar de buena voluntad, las injurias por amor de Dios. El dezeno, recebir devotamente el Cuerpo Santissimo de Nuestro Redemptor Jesu Christo.

LAUS DEO.

Portada + 11 hojas sin foliar, 8.°

* * *

Edición del XVIII.

Portada: «✠ Fray //Anselmo// de Turmeda //(Adorno tipográfico.) Ave María Puríssima //Sin Pecado Concevida//».

Texto: No tiene la introducción con que comienza la edición del XVII, sino que desde luego empieza:

«En nombre de Dios todo poderoso», y sigue en la misma forma hasta el final.

A los efectos de completar la publicación de la obra de Turmeda, copiaré de este ejemplar los versos que faltan en el descrito anteriormente.

Por mucho que sea pecador,
no desesperes con temor;
pues tan dulce es el Señor
con los que pecan.
Que el que llora su pecado
sin tardar, es perdonado:
assí está profetizado
por los Profetas.
En verdad estés fundado,
quando fueres preguntado,
y aunque más seas forzado,
nunca mientas.

Quiero darte un buen castigo
ten al rico por amigo,
que si eres pobre, y mendigo,
el pleyto pierdes.
Dineros tuercen lo enderezado,
del juez hacen Abogado,
y del Sabio loco formado
si se los muestran.
Si seguro vivir querrás,
tu secreto encubrirás,
pues de aquel a quien lo dirás,
esclavo quedas.
No quieras tanto gastar
por tu hija maridar,
que por ella bien cassar
quedasses pobre.
Haz las cosas con sazón;
por guerra se pierde el mesón,
no hieras a tu muger sin razón,
que a Dios no agrada.
Mas te quiero hijo avisar,
sin porque no la reptar,
que a veces las harías tornar
desesperada.
La muger está aparejada
a toda cosa, que es vedada;
y sobre todo si está ayrada,
a nadie aguarda.
A quien te ofende perdonarás,
mal por mal nunca darás;
el que te ladra detrás,
temor te tiene.
No te debes apresurar
en lo que has de executar,
maduramente aconsejar
en todo te deves.
Con la paz te alegrarás,
y con poco te contentarás;
si todo lo quieres, perderlo has,
quedarás pobre.
Pan cenceño es muy dañoso;
toma exemplo, y con reposo,

que jamás será sabroso
sin levadura.
No mires a quien servistes,
sino a quien pesar hicistes;
que lo mismo que engeristes
coger tienes.
En mala muger no quieras fiar,
ni amor la quieras mostrar;
si mi consejo quieras guardar,
tú serás sabio.
Muger engañó a Salomón,
a Adán, David y Sansón;
hijo, assí Dios te dé perdón,
no fies en ella.
Muger es cabeza de pecado,
arma del Demonio malvado,
la que del Cielo nos ha echado,
según Orígenes.
Tiempo de vender y comprar,
tiempo de huir y alcanzar;
sabio es el hombre que sabe templar
su gran ira.
Hace el hombre, estando ayrado,
cosas de desatinado,
y quando en su rezo ha tornado
se arrepiente.
. . . . . .

24 págs. (incluso la portada), 8.°

* * *

Por lo transcrito se observa que la índole de esta obrilla, aunque esencialmente popular, no por ello deja de tener aciertos filosóficos, y sobre todo, aceptada como visión del estado social de la época en que se escribió (pues es del siglo XIV), no sale muy bien parada ni la administración de justicia ni la firmeza de las creencias, ni la fidelidad de las mujeres, y que mucho de esto era cierto y no gratuitas suposiciones de Turmeda, nos lo confirma el libro del Sr. Mi-

ret y Sans, intitulado *Sempre han tingut bèch les oques,* dedicado en sus dos fascículos primeros (únicos que creo se han publicado) a mostrar diversos casos de lujuria, orgullo, codicia y envidia de tal magnitud, que, a no leer la rigurosa comprobación documental, dudaríamos de la verdad de su existencia.

Noviembre, 16-918.

VICENTE CASTAÑEDA.

LA CERVEZA Y UNA "HISTORIA DE ESPAÑA,,

Don Antonio Ballesteros, en su *Historia de España,* tomo I, Barcelona, 1918, página 156: «La bebida local celtibérica, extendida también por Lusitania y el NO, es la llamada *caerea* o *caelia,* que se fabricaba de trigo fermentado. Describe su fabricación un hijo del país, el español Orosio... Schulten sostiene la relación que existe entre la *caelia* y la *cervisia* céltica, deduciendo que ambas son bebidas celtas.»

Ante todo vayamos a la fuente de estos nombres, que es la *Historia natural,* de Plinio, libro XXII, al fin: «Ex iisdem fiunt et potus, zythum in Aegypto, celia et ceria in Hispania, cervisia et plura genera in Gallia, aliisque provinciis». El *zythum* se hacía de la cebada. Suidas: Ζύθος οἶνος ἀπὸ κριθῆς γινόμενος. Así Herodoto en el libro II, Diodoro Sículo, libro I.

Floro, al hablar de los numantinos, libro II, capítulo XVIII: «Cum sese prius epulis implevissent, carnis semicrudae et *celiae:* sic vocant indigenam ex frumento potionem». El mismo Plinio, libro XIV: «Est et occidentis populis sua ebrietas fruge madida pluribus modis per Gallias Hispaniasque, nominibus aliis sed ratione eadem. Hispaniae iam et vetustatem fere ea genera docuerunt». Véase además Ulpiano, en el *Digesto* (33, 6, 9), y Servio en su comentario a Virgilio *(Geórgicas,* 3).

De estos textos se deduce: Primero, que la bebida se llamaba *ceria* y *celia* en España; no *caeria* ni *caelia.* Segundo, que en las Galias decíase *cervisia.* Tercero, que todas ellas eran una misma cosa, bebida fermentada de trigo y aun de cebada, como el *zythum.* Cuarto, que estos nombres son indígenas de España y las Galias. Quinto, que voces y bebida eran antiquísimas en aquellas partes.

Bebidas *celtas,* dice Schulten; *iberas* debiera decir. En su famoso *Reallexicon* escribe O. Schrader (pág. 91): «Die Kunst, das Bier

haltbar zu machen, wäre nach Plinius a. o. a. O. in Spanien erfunden worden». Es, pues, la cerveza una antiquísima bebida, propia y originaria de España.

Un monumento harto más antiguo que Plinio tenemos en España, que nos dice cuanto él escribió acerca de esta bebida. Y es de maravillar que nuestros historiadores no lo tengan para nada en cuenta. El mismo D. Antonio Ballesteros, con haber recogido cuantos monumentos y documentos históricos pudieran servir para ilustrar la *Historia de España,* lo ha pasado por alto, como se ve al tratar de la cerveza, de la cual sólo trae la cita al principio aducida. Importantísimos monumentos son los *Cronicones* y las obras antiguas; más lo son todavía la cacharrería, los útiles de metal y piedras, los yacimientos humanos, las pinturas rupestres, por ser cosas más antiguas y que prueban directamente y por vista de ojos, sin acudir a la autoridad. Pero todos esos son monumentos muertos. Hay un monumento vivo en España, monumento prehistórico, que es un verdadero tesoro de noticias para nuestra prehistoria. Los autores lo desconocen o lo menosprecian. Ese monumento y tesoro es el idioma vascongado.

Lo primero que debiera atraer la atención de todo historiador español es ese idioma. Es un hecho y hay que dar razón de él. ¿Cuándo llegó a España tal idioma? El menos entendido sabe que no llegó en época alguna histórica. Es, pues, un monumento prehistórico. Y un idioma prehistórico, hoy vivo, es un monumento de infinita mayor importancia que cacharros y piedras, ruinas y pinturas. Porque un idioma es un tesoro de palabras, y cada palabra encierra una o muchas noticias de las costumbres, creencias, instituciones de un pueblo, que en ellas quedaron como acuñadas para siempre. El vascuence es un tesoro de noticias prehistóricas. Es más: es un retrato al vivo del espíritu del pueblo que lo habló en aquellas edades; es el idioma el mismo espíritu nacional que se manifiesta de la más amplia y acabada manera que puede manifestarse.

Las demás artes, bellas o mecánicas, tan sólo pueden manifestar y expresar el espíritu de un pueblo por sus obras, indirectamente; el idioma lo expresa de una manera directa y completa. Hasta han llegado algunos a decir que el hombre es hombre por el habla, no por la inteligencia.

Por eso no acabo yo de asombrarme de que haya historiadores, ¿qué digo?, de que todos nuestros historiadores hayan dejado a un

lado ese monumento vivo y perenne de la prehistoria española: el idioma vascongado. El cual se habló en toda España y en gran parte del mediodía de Francia, como está ya demostrado por Humboldt y por otros muchos. Pero aunque así no fuera, en algún pedazo de España se habló, pues todavía se habla, y su venida acá es anterior a toda historia conocida. Las voces *ceria, celia, cervisia,* todos saben que ni son latinas ni tienen etimología indoeuropea. Son españolas prehistóricas. Y no tenemos el menor rastro de idioma español prehistórico, fuera del idioma vascongado.

Sabido es que los latinos pronunciaban como *k* la *c*. Sonaban, pues, esas voces: *keria*, *kelia*, *kervisia.*

Ahora veamos qué nos dice el idioma vascongado. *Gari* es *trigo*, *garia* es *el trigo,* y es la voz común y general, con infinidad de derivados, que el lector hallará en el *Diccionario vasco-español-francés*, de Azkue.

Baste el *gari-motz* o trigo chamorro. La *ceria* es el *garia*, trigo. Confírmase con la variante *celia*, pues se halla la variante *gali* en otros derivados del vascuence. *Gal-jaite* es golpear el trigo; *gal-jorrai,* escardillo para el trigo; *gal-jote*, desgrane del trigo; *gal-motz*, trigo chamorro, lo mismo que *gari-motz; gal-onaar,* residuos de trigo; *gal-ond,* rastrojera; *gal-orratz,* brote de trigo; *gal-ots*, ruido de trillar el trigo.

Tenemos, pues, que *garia* y *gal*, por *galia,* es el trigo, y *keria*, *kelia* es la cerveza o trigo humedecido, *fruges madida,* o cerveza. *Cervisia* es voz formada de *gari*, trigo, y *bizia*, lo vivo, *bizi*, vivir, vivo, agil, agrio. Es el *bizi-bizia* que gritan las pescaderas y habrán oído los lectores en las Provincias. *Bizi-kor* es vivo, agil, forzudo.

Cervisia decíase, por consiguiente, *gari-bizia*, el trigo que da agilidad y fuerzas, el *trigo vivo.*

La ortografía latina *cervisia*, con *c,* por la suave *g*, y *v* por la *b* originaria, tiene clara explicación. Los romanos tomaron de viva voz la palabra. A sus oídos *garia* sonó *karia* o *keria,* con *e,* en vez de *a*, por la *i* siguiente, y *c (k)*, en vez de *g*, o porque *garia* decíase igualmente *karia,* que no lo creo, o porque es común en los extraños reforzar los sonidos vascongados y españoles. Otro tanto sucedió con *cervisia* por *cerbisia*. Las explosivas en España son tan suaves entre vocales, que hasta confundimos *agüelo* y *abuelo*, *agujero* y *abujero* y *ahujero; huele, güele; huevo, güevo* y

buevo, como dicen muchos castellanos. En cambio, a principio de dicción, suenan nuestras explosivas suaves a los oídos extranjeros como si fueran fuertes.

De todo ello, y de infinidad de voces castellanas que se derivan de la lengua vascongada, así como de no pocas noticias prehistóricas que por ella se explican, he tratado en mis doce tomos de *El Lenguaje, Tesoro de la lengua castellana.* Creo que es la mejor manera de estudiar el vascuence, analizando todo su diccionario, como lo hago allí, y de estudiar la cuestión del iberismo, comparando ese diccionario con el castellano. Los lectores no llevarán a mal que con este bagaje científico de toda mi vida de estudios me admire de que en el *Discurso pronunciado en el Congreso de Oñate,* sobre el *Estado actual de los estudios relativos a la Lengua vasca,* por D. Julio de Urquijo e Ibarra, citándose a cuantos autores han contribuido a estos estudios, no se haga la menor mención de mi nombre ni de mis obras, en todas las cuales, aun fuera de esos doce tomos, dedicados particularmente a esos estudios, trato de cosas del vascuence.

El autor del *Discurso,* D. Julio de Urquijo, no solamente me conoce y es amigo mío, sino que tuve la honra de haber sido, años ha, su profesor.

Amigo mío muy querido y discípulo mío de griego y de literatura griega fué también D. Antonio Ballesteros, autor de la magnífica *Historia de España,* que me ha dado pie para este artículo. En toda ella ni cita mi nombre ni mis obras, con citar a la mayor parte de los vascófilos.

¿Sonarán a queja estas mis palabras?

A queja sonarán, pues a queja he querido yo que suenen. La razón de este proceder la tengo repetida hartas veces. Creemos los españoles que los españoles no valemos para nada y que sólo tienen autoridad los libros y autores extranjeros. No hallo otra razón.

Como no me mueve ningún egoísmo al hacer estas declaraciones *pro domo mea*, y como los dos olvidadizos discípulos míos, no por lo dicho pierden nada en mi antigua y firme estimación y cariño, deseo alabar y encomiar la obra de D. Antonio Ballesteros, como ella se merece. Es la mejor *Historia de España* que se ha escrito. El método, verdaderamente científico, es nuevo y personal. Inmenso es el trabajo que supone el aparato y vastísima bibliografía que le acompaña. Si en algunos estudios ha tenido que ceñirse a resu-

mir los trabajos de los especialistas, como no podía menos, dado lo vasto del terreno que abarca, lo ha hecho a conciencia y dejando los resultados en manos de las autoridades que cita.

Cuanto a los hechos históricos, de su propia competencia, ha leído y citado cuantos escritores hablaron de ellos. Lectura inmensa supone esta obra, esfuerzo no creíble para organizar tal cúmulo de materiales. Dificultoso me parece poder mejorarla en sus puntos sustanciales. La prehistoria, la arqueología, la geografía, la literatura y las demás bellas artes, las costumbres, trajes, modo de vivir, instituciones de todas clases, la hacienda; en suma, la historia interna no menos que la historia política, todo ha sido abarcado, sabia y sobria y cumplidamente en esta obra, que honra a la presente cultura española y al sabio académico y catedrático de la Universidad Central. Yo le manifiesto aquí públicamente mi gran satisfacción, y le felicito cordialmente por tan alta empresa.

JULIO CEJADOR.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Pío Baroja: *Las horas solitarias.*—Madrid; Caro Raggio, 1918. Un volumen de 413 páginas en 8.°

El descriptor.

He galopado sobre el último libro de Baroja: su estilo sobrio y rápido obliga a leer deprisa. Es como si uno atravesara el río por la línea de piedras... Me interesa tanto como los otros de este género; no tanto como algunas de sus novelas. Describe Baroja a pincelada larga, como pintaba Velázquez, y he aquí su mayor acierto; psicológicamente ese es el camino. La transformación en imagen de la representación descrita no es obra de reconstitución parcelaria de la figura («tenía los ojos»..., «eran sus cabellos»... o «llevaba unas botas» —estilo Dickens), sino por evocación total, libre, personal, sobre datos brevísimos y sintéticos, preferentemente morales (estilo Cervantes en el diseño de sus mujeres). En literatura, como en pintura, los «puntillistas» son pacientes sin genio.

En una de sus novelas, *La dama de Urtubi*, Baroja llega al prodigio. El pasaje de la Ferrería de Olanudi es decisivo. Yo no me represento bien a Machain, y a pesar de la descripción minuciosa, yo me represento en alto relieve y a trazas de agua fuerte al herrero Yaxu. Allí no se dice cómo era Antón de Yaxu, el hijo. No hace falta —este es otro fenómeno de función imaginativa—, porque se describe antes que el personaje, y maravillosamente, el marco, la ferrería, y se ponen, con tino, en boca de él, silencio y palabras; en su cuerpo, actitudes:

«Yaxu tomó el arma, la examinó con detenimiento, y la tendió a Machain,

—¿No se puede componer?—le preguntó éste.

—Según—dijo Yaxu.

Machain le interrogó con los ojos.

—Si esta espada es para ti una joya —dijo el forjador— y quieres que nosotros le pongamos la guardia de tal manera que no se note la compostura, eso no lo sabemos hacer.»

Esa rigidez incorruptible del carácter da toda la línea de la figura. La «lobreguez» del vasto edificio pone en ella tonos de penumbra. El «soplo asmático del fuelle de la fragua» causa en nuestro ánimo angustia, que agiganta el objeto; la bárbara «sinfonía de martillazos» lo endurece. Basta. Yo he visto a Yaxu, el hijo, cómo tendía la espada a Machain. Yo no he visto claro a Machain, a cuya descripción se dedican tres líneas: «Era Machain un mozo de unos veinticuatro años, alto, esbelto, de ojos garzos y pelo castaño; vestía traje negro, pequeña gorguera blanca y capa parda.»

No; eso, con estar bien, lo hace cualquiera, y quien sabe hacer tan prodigiosamente lo otro, debe renunciar a este fácil, bajo procedimiento descriptivo. Se me dirá que Baroja escribe, como Lope de Vega, «encerrando las reglas bajo siete llaves»; que aquella suerte de descripción sin descripción «le sale» a él así, espontáneamente, y por virtudes de su propia sobriedad de estilo. No se trata ahora de artificiosas reglas, de vana retórica, sino de hacer consciente lo inconsciente, mediante la explicación psicológica de fenómenos literarios.

Así, la representación de una imagen desconocida, pero hábilmente sugerida, se hace más libre y gratamente que aquella otra de imágenes familiares. Ejemplo: la descripción casi fotográfica de un conocidísimo merendero de la Bombilla en *La dama errante,* está bien, pero no sugiere, y por eso no interesa. En cambio, otros breves pasajes de sus novelas son absolutos sugiriendo.

Ya que no sea Baroja el mejor «escritor» —y acaso ni «un buen escritor»—, podía ser, con sólo proponérselo, el más fuerte, el más intenso «descriptor» de España. Lo que en él es naturaleza, imítese; generalícese lo que son ahora aciertos frecuentes, pero aislados; véase el por qué del procedimiento, y ya tendremos el arte del descriptor a la moderna. El porvenir es suyo, que el arte se mueve en la línea de una nueva sencillez —no primitiva, ingenua—, de vuelta de una larga órbita de complicaciones.

En este último libro de Baroja hay también aciertos descriptivos. Todo un paisaje se proyecta así: «... viene el buen tiempo. Los campos están al sol». Nada más; basta. Admirable.

Baroja, evangélico.

A partir de obras anteriores, pero más expresamente en ésta, Baroja se presenta en un aspecto nuevo. Mientras escribía, leía; cuando viajaba, visitando lugares donde luego había de localizar la acción de sus novelas (y nunca más exacto), Baroja pensaba. Las ideas adquiridas en la lectura, los juicios formados sobre observaciones viajeras, bullían

latentes. Un día —lo mismo que aquí Palacio Valdés y Ricardo León, con sus «papeles» o con sus «escuelas»—, Baroja interrumpe la serie de los relatos, y en su tono, que no es tan apacible como el de aquéllos, lanza el surtidor caprichoso, discontinuo, de sus impresiones y reflexiones, opiniones y pensamientos. Así, últimamente, *Juventud, egolatría*; ahora *Las horas solitarias*. ¡Ya era maravilla que un escritor español no resultase predicador, pronto o tarde!

Baroja nos ha resultado un apóstol. Su doctrina es altamente humana y ampliamente libre —verdad que no la concreta jamás—, si se deduce de la forma y el tono en que predica. Mas, siguiendo su procedimiento de síntesis, no precisa cada una de las causas de ese estado de opinión, tradicional en España, que se contradice con el nuevo modo mental. Todos sentimos esa discordancia, a nuestro modo. ¿Quién de nosotros no se halla como hueso fuera de su juntura? En la familia, en la escuela, en la vida de sociedad, en los negocios, todo nos desconoce, todo nos pugna. La sobrada altivez de un *paterfamilias* romano que sobrevive; la cómica autoridad del *magister*, que aun «dice»... dogmatizando; el orgullo necio de las nuevas *matronas*, vicios, ídolos indios; la codicia brutalmente sutil del *publicanus* eterno; todo excita nuestras glándulas salivales y levanta nuestro cardias. Todo nos impulsa al violento homenaje de repugnancia y de asco.

Baroja es —por temperamento o por comodidad, no por falta de preparación, seguramente— demasiado sintético. Mientras otros se afanan por averiguar las causas múltiples de la patología social —la ignorancia, la miseria, el abandono oficial y familiar, el perverso alto ejemplo de gobernantes y príncipes, y hasta la temperatura, el grado higrométrico y la constitución química de la base nutritiva—, él, burlándose de los sociólogos, se encara, un poco rústicamente, con un solo factor, para él *causa causarum*, al parecer, de todos los males de la sociedad: las creencias religiosas. No la obsesión mística, que combatió finamente en *Camino de perfección;* es la más normal y seria religiosidad cristiana.

Apologética heterodoxa.

Se observa, no obstante, que el pobre, más que el rico, busca en la religión un consuelo, y el ignorante mejor que el sabio, una explicación, y el abandonado, con más frecuencia que el castigado, un auxilio, y hasta el perverso un perdón... Por donde la religión —sea ésta o aquélla, toda religión— se recrudece en los lugares y personas miserables, ignorantes, abandonadas y aun perversas. Que no es la causa, sino el efecto, de la miseria, de la ignorancia, etc., la religión...

Mas no es ese el camino. Como Nietzsche, en su segunda época, Baroja se viste la túnica (ya un poco vieja desde Juliano) del eterno Anticristo, y con una tenacidad, que es lo único constante de su última obra, lanza los más tremendos dicterios —a veces de un discutible buen gusto— contra el cristianismo y contra el catolicismo.

Claro está que no nos proponemos un acuerdo con Baroja; eso sería imposible. Porque, ¿qué método de evangelización prefiere? ¿La coacción, como San Agustín, el africano? El *compelle intrare?* No; la persuasión «No se les ocurre (a esos ganapanes eclesiásticos) procedimientos de persuasión, sino en seguida la expulsión» (página 78); y después: «Pero, ¡que me persuadan! No, no. Esto me parecería demasiado débil y demasiado vil» (pág. 95). ¿Para qué discutir? Con decirnos que no creía en la lógica (eso dice, en el *Prólogo*, de la crítica, del valor estético, del valor matemático, etc.); estábamos al cabo del diálogo.

En sustancia: incluir a los cristianos en una enumeración juntamente con las «vacas» (así, Nietzsche), o con la «sarna» (imitación, Baroja); llamarles en alemán *Verbenden* (negociantes), o motejarles en español de «ganapanes» y «cretinos», equivale, en buenas formas, a decir: Señores, están ustedes equivocados. El mito «semítico» que encarna en su religión tiene por base un postulado: la creencia en la vida futura. Pues bien, está demostrado *científicamente*, que no existe el más allá. Así, que no hagan ustedes el ridículo...

¿No tenemos razones?

¿Para qué los insultos?

Entonces, los creyentes se consagrarían a estudiar en los laboratorios y en los libros. Hechos, no fábulas; observaciones, no creencias.

Y se hallarían, acaso, con placas de gelatina sensibilizada impresionadas por imágenes humanas al lado y distintas de otras humanas y vivientes, obtenidas en el laboratorio de Aksakoff, luego publicadas en su obra.

Hallarían, si lo deseaban, toda una actividad científica aplicada al descubrimiento y registro mecánico de fenómenos —antes fantaseados por la superstición vulgar y explotados por el espiritismo bufo— de historia y suerte análogas a los que burlados antes, precisados un día, son utilizados hoy por la medicina, aun sin haber cambiado su nombre: el hipnotismo. Acaso muy pronto experiencias practicadas con un micrófono registrador den pruebas absolutamente positivas de la presencia, entre nosotros, de los seres que humanamente fueron. La vida ulterior no es ya sólo una preocupación de poetas, como Maeterlink, que es materia de serio estudio por los sabios. No se equivocaba, acaso, el mejor discípulo de Darwin, Wallace.

LA ÚLTIMA TRAGEDIA.

En todo caso, la creencia en lo sobrenatural, es esa una hipótesis; tan respetable como las demás, si es sinceramente profesada. Cada religión significa científicamente una anticipada interpretación general de fenómenos empíricos (apariciones, milagros, vaticinios, recuerdos sin hecho anterior en la vida presente, telepatías ultrahumanas, etc.), que la ciencia estudia, sobre los que emitirá su voto un día. Antes, todo es igualmente gratuito. Mas desde que hay fenómenos hasta ahora sin explicación natural, la ciencia cierra y pone, como la Justicia, sobre la puerta un sello. Burlarse de una o de otra de las hipótesis actuales —natural, sobrenatural— es igualmente expuesto.

Pero me parece oir al amigo Baroja — «¡Si yo no creo en la ciencia!» En ese caso, ¿para qué seguir?

Entretanto —yo quiero suponer que Baroja cree en el arte—, se da una tragedia. El que grita al pueblo: «No creas, eso es una patraña!» y el que le grita: — «¡Ten fe, que hay otra vida!», se baten rudamente. Son los apóstoles profesionales, los sacerdotes de todas las religiones, los «ganapanes» de Baroja, y los apóstoles espontáneos, los ateos entusiastas, los incrédulos acometedores, sin epíteto... — «¡Que hay un más allá!» — «¡Que no hay un más allá!» Y ciegos en el eterno pugilato, avanzan hacia la cumbre. — «¡Ignorante!», grita uno: «¡Desgraciado!», responde el otro..., y abrazados en la lucha, como los amantes en la escena final de *Il fuoco*, caen en la sima de la muerte.

Entonces, allá bajo, ya los dos serán de una misma opinión, pues franquearon el misterio. Pero no se les oye; pero no se les ve. Nada pueden decirnos. ¿Hay un más allá? ¿No hay un más allá? Seriamente, honradamente, científicamente, aún no lo sabemos. Discutir, antes de la solución definitiva, nos parece aventurado y hasta inoportuno.

¿A qué conduce? Pero denostar a los que —sinceramente, honradamente— profesan la creencia afirmativa o la negativa, creyentes o ateos, es igual; eso con franqueza, amigo Baroja, me parece... No quiero decir lo que me parece.

S.

FRANZ ZENKER: *Las nacionalidades de Austria-Hungría.*—Madrid (sin año). Un folleto de 32 páginas.

El Profeser Zenker, de la *Handelhochschule* de Graz, ha escrito una preciosa monografía geográfica, con el más riguroso método, sobre las razas que pueblan su país, bello y triste.

A partir de una amplia delimitación de las razas más diferenciadas de Europa y de su actual estación geográfica, el autor entra en el estudio de los Estados europeos de nacionalidad mixta, ya tacita, como España, y aun la Alemania actual, donde se hablan varias lenguas, y hasta Francia e Inglaterra, donde coexisten diversas razas, y los Estados de nacionalidad manifiestamente mixta: así Rusia, así Turquía, así el Imperio austrohúngaro.

El autor se refiere a un manual español de Geografía —para rectificarle—, y esto hace suponer que escribe en España. Su obra, además, no lleva nota de ser traducida. Acaso escribe en español, y si es así, bueno es hacer constar que lo hace correctamente.

Luego de rectificar vulgares errores, españoles y europeos, acerca de la organización política y administrativa del Imperio austrohúngaro, después de hacer un esbozo de su larga historia y de su complicada geografía, el autor plantea francamente la cuestión de las oposiciones étnicas. Mas «hay oposición —observa el profesor Zenker— en dondequiera que los hombres viven y trabajan». No se elude la acusación, por parte de las pequeñas naciones del Imperio, de la oposición... Pero «estos soldados —opone acertadamente el autor—, hijos de las nacionalidades oprimidas, no habrían sido capaces de tal espíritu de sacrificio por un Estado que les esclavizara.»

En suma, para las nacionalidades de Austria-Hungría no hay otro camino que o convivir heterogéneas para existir, o sucumbir independientes. Los aerolitos presuntos de un viejo planeta descompuesto son felices girando en el espacio, trazando raras órbitas; pero su destino es ser atraídos, pronto o tarde, por la poderosa gravitación de un gran planeta vecino, desplomándose un día, con horror universal, sobre una hostil superficie.

Los actuales acontecimientos, con el desmembramiento y la revolución de Austria-Hungria, dan a este pequeño libro un valor trágico. El autor, argumentando por el absurdo, habla de lo que pudiera ocurrir. Eso, tan terrible para un Estado, ha ocurrido. Es como la carta del soldado, escrita el día antes de entrar en batalla, donde dice no creer en la muerte; esa carta, recibida después de la triste noticia, es este breve libro.

S.